

## PARA LA REVISION DEL HUMANISMO

JORGE DE LIMA

Los técnicos o los sofistas que hacen de la ciencia el trazo característico de nuestra civilización "occidental", no expresan la realidad de esta bajo su aspecto cotidiano. Porque cuando el técnico común o el brillante sofista, sienten, en secreto convencional, que les falta alguna cosa, (lo esencial, sin duda), a la terminación de su cultura, lo que él busca desesperadamente no es la Ciencia. Para el común de nuestros contemporáneos, la cultura es ante todo la educación estética, las lecturas escogidas, el gusto y la práctica de las artes, la música, la pintura, y, sobre todo, la literatura; pero todo esto apenas como distracción.

Era este otro ideal que se proponía en nuestra adolescencia a la buena fe de nuestro entusiasmo. Al mismo tiempo que descubríamos la ciencia, oíamos alabar con demasiado ardor la Cultura, el Arte, jardín maravilloso donde el alma se expande por completo, forma superior de acción, suprema elegancia y honor de la vida...

Por mucho tiempo fué colocado en este ángulo el problema delante de nosotros: escoger entre la ciencia y el arte. Quizá parezca esto un tanto inocente; pero fué así como sucedieron las cosas entre la mayoría de los muchachos de mi época. Hay que reconocer que en muchos es el estetismo quien triunfó al fin; la ciencia era una cosa demasiado seria y aun estábamos extasiados por el brillo y sencillez del mundo.

Dudamos durante mucho tiempo; después, un día, bruscamente, nos dimos cuenta que nuestra decisión ya había sido tomada: era aprovechar la ciencia como "metier" o método de ganar la vida, y cultivar el jardín del estetismo, que por sí solo, en general, dejará morir de hambre a cualquier jardinero. Forzoso es confesarlo: si nos strajo la vida estética, no fué solo porque nos pareciese más agradable y más fácil, sino porque teníamos la esperanza de realizar bajo su influjo, instintivamente, nuestras aspiraciones. Queríamos una vida tan plena y tan rica como nuestros corazones la pedían.

La lectura absorbía todos nuestros instantes, y entre una hora y otra de nuestro curso, leíamos, leíamos, y veíamos las bellas colecciones de pintura, las buenas reproducciones, oíamos los buenos discos.

Leíamos como hambrientos. Pero innumerables veces nos invadió un asco incoercible por los libros. Quien nos viese con 20 años tan preocupados con todas estas cosas, hubiese jurado que estábamos exhaustos, en contra de nuestra convicción de que nos divertíamos. Solo sabíamos hablar de arte, de belleza, de emoción y de las conquistas de la ciencia. Como si nuestra vida no tuviese otro derrotero. Ya nada nos separaba de esos hombres que con cincuenta o sesenta años, visiblemente devastados, pero siempre entusiastas en medio de sus tomos encuadernados, una calavera o un mochuelo de porcelana sobre sus escribanías, nos contaban sus recuerdos juveniles, cómo habían asistido a una serie de conferencias de Bilac sobre las heroínas de Shakespeare. A pesar de todo no nos hicimos estetas. Muchas veces estuvimos en la inminencia de serlo, casi contagiados por la moda de la época. Deseábamos poseer esta cultura de biblioteca, este autodidactismo tan alabado, tan pregonado como ciencia; pero había algo de repulsivo en esta misma ansia de saber; pedíamos mucho a todo lo que intentábamos amar, pedíamos que nos consolase con sus sociólogos y sus críticos y sus hombres de pensamiento. No nos era posible entregarnos ente-

ramente a la vida estética ni a la pseudo-ciencia de los llamados hombres de letras u hombres de cátedra. A medida que nuestra experiencia se enriquecía, hacía-se más amarga y más escéptica. Entonces la atmósfera cultural de nuestro tiempo acabó por hacerse verdaderamente limitada. Habíamos supuesto que no perderíamos nada de esta vida, de esta totalidad humana que sentíamos en nosotros como un espejismo interior; pero nuestra esperanza se desvaneció: no encontrábamos en la cultura de nuestro tiempo el alimento substancial, el alimento interno con que ella nos convidaba desde las primeras lecturas de la adolescencia. Bajó sobre nosotros la más terrible de las soledades, y no podíamos continuar por más tiempo dentro de este irrespirable ambiente. Nuestra experiencia artística nos condujo a la misma crisis que la técnica o la ciencia nos había conducido. No nos era posible aceptar el tipo de vida que se nos ofrecía. Procuramos entonces explicar esta impresión de malestar; poco a poco fuimos profundizándola mejor, y todas las razones que hallábamos sólo hacían aumentar nuestro desánimo delante de una vida enteramente seca.

La cultura estética, así como nuestra pretendida ciencia, es una herencia del Renacimiento. Es pleonástico insistir sobre ello. Ya se dijo demás que la cultura estaba donde debía estar, y que los hombres del Renacimiento deseaban que fuese un humanismo. Esta palabra, Humanismo, también empezó a causarnos un malestar intolerable: quedó reducida a una palabra devastada por los hombres cultos que la prostituyeron, llegando a convertirse casi en una cosa confusa: no se sabe nunca lo que puede y lo que debe significar, y por eso debemos tomarla en su sentido histórico. Dejamos de ser hombres del Renacimiento. La cultura humanista se transformó demasiado; en su origen su ideal ~~era~~ era demasiado pretencioso: tenía como finalidad la realización total de todas las virtualidades humanas, y por eso lo representan, la mayor parte de las veces, como una reacción contra el ascetismo cristiano, contra los supuestos obstáculos impuestos a la eclosión de la individualidad humana, como un impulso de juventud para el mundo y para la libertad, para una otra convención que se concordó en llamar alegría de vivir.

El espíritu del hombre pretendía conocerlo todo, abarcarlo todo, conquistarlo todo; nada en el mundo, ni el propio, debería conservarse extraño a sus conocimientos. El individuo debía reflejar y contener todo este registro. Es preciso demostrar ahora cómo este sueño se deshizo delante del desenvolvimiento inesperado de nuestra civilización, por su complejidad cada vez mayor. El espíritu humano se hizo tan rico, provisto de tantas adquisiciones de naturaleza tan diversa, que la vida de cada individuo no puede más contener esos superlotados arsenales de sabiduría. Así a respecto del humanismo como de su ambiciosa ciencia, puede decirse que no se encuentran más en la medida del hombre, sino en la medida del universo en su totalidad.

El mundo, la vida, el propio organismo de los seres fueron complicándose sin cesar. Para atender a innumerables exigencias, en breve, ya era indispensable separar de la cultura propiamente dicha toda una serie de disciplinas, que constituyeron aparte nuevas teorías de ciencias autónomas, y de estas sobrevinieron otras descendencias tan pretenciosas cuanto diminutas. Y con esto la cultura aun más se empobreció. La complejidad creciente de la vida moderna acentúa cada vez más esta tendencia para la especialización, esto es, para las sub-ciencias, para un enanismo de la sabiduría. Cada vez más surgen nuevas zonas y nuevos dominios vedados en absoluto a los más esforzados y bien intencionados burgueses, y tales dominios son entregados inmediatamente a la competencia de los peritos.

De esta forma, la complejidad de nuestro mundo intelectual hace irrealizable el ideal humanista de la cultura, este enciclopedismo, en el sentido honesto de la palabra, el espíritu del individuo recorriendo el

círculo completo de todos los conocimientos, de todas las experiencias posibles, de todas las adquisiciones del cuerpo indivisible de la Ciencia.

Hallamos una salida: conseguir una cultura enciclopédica, tocando en todos los dominios sin agotar ninguno; pero vimos que esto es lo que se proponen los funcionarios ejemplares encargados de los programas de enseñanza oficial: conseguiríamos la posesión epidérmica del cuerpo maravilloso que el Humanismo nos ofrecía, y delante del cual, a pesar de jóvenes, no nos sobraba tiempo para profundizarlo.

La noción de la cultura general se hizo decepcionante: almacenar un conjunto de nociones generales nunca fue, ni nunca será, una cultura; puede ser baedeker de turismo intelectual, almanaque de conocimientos útiles, si así lo queremos.

Todo aquello era apenas pedagogía y propedéutica, introducción a un dogmatismo primario, sin lastre de ninguna especie. Lo que nos ofrecían bajo el nombre de cultura, nada tenía, pues, que ver con el humanismo teórico. Habíamos conquistado solamente un vasto territorio árido, cubierto de árboles enanos. Eramos técnicos y éramos estetas: y una cosa era opuesta a la otra. La técnica se resumía en ganar la vida; la cultura en gozar de la inteligencia.

No había lazo íntimo entre las dos: esta divergencia era causada por la propia esencia del ideal que nos legaron los humanistas; y entre estos siendo muchos de ellos míopes, nos enganaron, después de disgustarnos, enmascarándonos con las dos fases opuestas de una civilización caduca.

La técnica ocupa un espacio considerable en la vida contemporánea. La actividad económica nos absorbe casi por completo. A medida que se hace desinteresada, la cultura se convierte en extraña a los hombres de negocios y a todo el mundo lego o culto de las letras; ella no puede infiltrarse profundamente en una existencia consumida por la técnica, pues quien tiene el cerebro ocupado toda la semana por obligaciones materiales, no puede, cuando llega la noche o un día de descanso, transformarse de repente en poeta, músico o pintor. Sin duda, muchos de esos técnicos se esfuerzan en reaccionar, impulsados por una especie de tradición, porque entienden que la cultura es una gran credencial, una cosa como un crachat, y también porque algo en ellos aspira a evadirse de la jaula prosaica de la vida profesional. Mas se ve desde lejos lo que hay de artificial en esta tentativa. Ellos quieren ser hombres cultos; pero en la realidad no lo son. Es más, el hombre culto es un personaje que ellos se esfuerzan de vez en cuando en representar con todos los trucos imaginables. Ciertos elegantes pensaban en 1920 que las polainas les daban un aire de gran distinción. La cultura, para muchos burgueses de los tiempos que corren, como las polainas de los antiguos elegantes, es una cosa vistosa y de mucho efecto para caballeros de alta alcurnia.

Examinando el problema de la cultura con absoluta justicia, nos convencemos que la nuestra fue siempre una cultura aristocrática, más un lujo de las clases dirigentes, o adorno para exponentes del mundanismo. Reservóse, pues, para propiedad privada de la aristocracia, para una minoría (admitamos que la mayoría es inevitable, porque siempre habrá una aristocracia intelectual); pero el caso es que tal cultura sólo interesa particularmente a la elite, a su sedentarismo, a sus hábitos y a sus vicios, alejándose de la existencia de las clases populares, de todos los contactos sociales que constituyen la esencia de la vida común inmutabile. Podría alcanzar la comunión tendiendo a una aristocracia que se iría ensanchando progresivamente dentro de la masa. Conviengamos que de otro modo esto representaría decadencia y esterilidad, pues el pueblo es el elemento perenne de la vida y de la perpetuidad. Todo cuanto toca a las pretendidas elites, posee necesariamente una vitalidad disminuida; tenemos que emitir este enunciado bajo el endoso de la historia y de la biología. Observemos como una determinada porción de la masa, llena de vitalidad, al alcanzar a veces cualquier posición o cenáculo, decae y se esteriliza casi por completo. Es este el ciclo que se repite.

Sin embargo, si en las primeras generaciones burguesas la cultura corría paralela a la vida inútil de los aristócratas que, señores de bienes raíces, no precisaban preocuparse con una determinada función económica, la cultura de

hoy se hace no solamente extraña a la vida del pueblo, sino, también, a la de las clases privilegiadas, esclavizadas de cuerpo y alma a la técnica. Comprometidos con la vida cultural quedan sólo los obreros intelectuales, escritores, pintores, compositores musicales, clérigos más o menos traidores. La cultura se transfiere, pues, a una minoría social, y esto disminuye por muchos motivos la tensión de su vitalidad humana y visible. Y más una vez quedamos frente a frente a otra crisis.

JORGE DE LIMA

Versión española de  
J. Torres Oliveros.